

monte, por cuyos límites marchábamos por la playa.» Lo consultó con Barradas, y éste le respondió que «no era necesario, que toda la tropa debía marchar reunida.»

Serian las cinco de la mañana, cuando se presentaron á nuestra vista unos 20 caballos y 100 infantes, vestidos de blanco. Hicimos alto y yo dije á Barradas y á Salas: «¿Ven Vdes. ahora bien, que los que yo vi ayer tarde no eran bueyes sino infantería de línea, de uniformes blancos?» Me respondieron que tenía razón, que todo era cierto, y que tenía mejor vista que ellos.

«Y ahora ¿qué hacemos?» me preguntó Salas. «Lo que debemos hacer es marchar adelante, en buen orden, explorando el monte sobre nuestra izquierda; no perder la formación y caminar con pausa y regularidad, porque el enemigo tiene formada una emboscada de uno ó dos batallones, aquí cerca, de los que ha destacado esos cien infantes que marchan interpolados con la caballería.

«Al enemigo que tenemos al frente, si hace fuego de guerrillas, contestarle también con guerrillas, bien esparcidas, y avanzando siempre. Si el capitán de cazadores que marcha por el monte de nuestra izquierda es hábil, puede sorprender á esa misma guerrilla por la espalda y fusilarla, acorralándola entre la playa y la división.

El 1º de Agosto rompimos la marcha, y estábamos á un cuarto de legua del montículo y del asta de bandera que había encima de él. Todos los soldados la distinguían por estar al frente de nuestra marcha, y observaban el subir y bajar de un bulto negro, que era un zopilote negro y muerto, especie de una águila, del grandor de un pavo grande.



COMBATE

DEL

Campo de “Los Corchos.”

1º de Agosto de 1829. ⁽¹⁾

Se había hecho alto, y me reuní á Barradas, Salas, al Coronel Vázquez y el comandante Iturriza, y les dije: «las subidas y bajadas de aquel bulto negro, es un plan de señales: aquí hay una emboscada sin remedio, marchemos con mucha precaución:» se hizo así. Se volvió á romper la marcha, y paso á paso las guerrillas nuestras entraron en una especie de plazuela, que tenía la forma de una herradura, y tras las guerrillas entró también el primer batallón, que lo mandaba el comandante D. Luis Iturriza, á quien ordenó Barradas hacer alto y formar las armas en pabellón. El resto del Batallón no entró todavía en la herradura y estaba parado á su entrada.

Los soldados del Primer Batallón que habían formado las armas en pabellón, andaban dispersos por aquella plazuela, y yo estaba encendiendo un cigarro y hablando con varios oficiales y el P. Bringas, cuando oímos un estruendo de cañón como de á cuatro, y como un trabucazo, y cuyos proyectiles de metralla pasaron por alto sobre nuestras cabezas. Principió el fuego graneado de fusilería en toda la extensión del monte; y por la cerradura de nuestro frente se presentó á nuestra vista una compañía de caballería y dos de infantería megicana.

En vista de esta sorpresa, gritaron los oficiales que estaban conmigo á los soldados: «Muchachos, á las armas y empuñar vuestros fusiles.» En esto llegó su comandante Iturriza, que mandó formar al batallón, me habló y le aconsejé que inmediatamente marchase á atacar á las tres compañías que estaban en la herradura, y marchó con efecto.

(1) En este Capítulo habla también el autor de otros sucesos, hasta la ocupación de Tampico, etc.—N. del E.

Afortunadamente el comandante Iturriza impidió con su batallón que avanzase la caballería á la plazuela. No había allí quien mandase y tomase disposiciones, y seguía el fuego de fusilería desde el monte, hiriéndonos á algunos soldados.

El Brigadier Barradas corrió con su caballo á meterse en el centro de la columna, que no había entrado todavía en la Plazuela.

En semejante trance, avanzó á la carrera el Gefe de Estado Mayor D. Joaquin Salas, y se metió en la herradura ó plazuela, al frente de una compañía de cazadores y otra de granaderos, mandada la segunda por el capitán Alechandre, ayudante de campo del Brigadier Barradas. Yo me incorporé como aficionado á Salas, y le dije: «Serenidad y arriba; á tomar el montículo, de donde nos dirigen el fuego.» El Gefe del Estado Mayor, por el flanco izquierdo, subió con sus cazadores á cogerlos por la espalda; mientras, los granaderos, guiados por Alechandre, marchaban por el frente, subiendo al monte impávidos, recibiendo todo el fuego del enemigo. El Gefe de Estado Mayor había mandado al comandante Iturriza que en el mismo instante atacase á la caballería é infantería en la salida de la herradura, y montase y doblase el montículo. Dicho y hecho: al estruendo de las cornetas y los tambores, se embistió al enemigo por los tres puntos, con la mayor bizarría; los cazadores que dirigía Salas desde el medio del cerro lo flanquearon, y subieron á su cima, y los granaderos subieron al mismo tiempo la cuesta arriba á la meseta del montículo, y reunidos cazadores y granaderos con el Gefe de Estado Mayor, arrojaron al enemigo del llano y del monte; y el comandante Iturriza á fusilazos ahuyentó á la fuerza enemiga que estaba formada á la salida de la herradura.

El capitán Alechandre fué herido gravemente en la cuesta del montículo, casi al acabarse la subida y la acción, como algunos oficiales. Uno de ingenieros lo fué también, y bastantes soldados. Murieron cuatro soldados. De los megicanos murieron unos veinte hombres y cuatro oficiales: los heridos los retiraron durante la acción y los transportaron á las rancherías más próximas.

D. Fulgencio Salas y sus cazadores se reunieron con los granaderos, y dispusimos bajar los heridos al campamento, dejando un gran reten en la meseta de la colina, en observación de los megicanos que se habían retirado. El sitio en que

se dió la acción, lo llamaban en el país «campo de los corchos.»

Vajados al campamento, se contaron reunidos 35 heridos; se les hizo la primera cura, pero la dificultad estaba en transportarlos á otro sitio. Fué tanto el descuido que hubo al organizar la división, que se olvidó embarcar la ambulancia. Se colocaron los heridos en parigiuelas improvisadas con grandes ramas de los árboles del monte, y á hombros de cuatro soldados cada herido, rompimos la marcha por medio del monte, y como á dos millas de distancia dimos con unas rancherías grandes y habitadas. Se metió á los heridos en las casas y se les dió alimento.

Allí se mataron las reses vacunas suficientes á racionar á las tropas. Al dueño principal de la ranchería se le entregó recibo de las reses que se habían consumido, para que acudiese á Tampico el Alto, que se le satisfaría el importe por la tesorería de la división.

Los gastadores labraron unas quince parigiuelas, y forradas con las pieles recién muertas, se colocaron en ellas los heridos de mayor gravedad, y los restantes los pusimos en burros y algunas mulas. A las cuatro de la tarde rompimos la marcha con la mayor alegría, y después de dos horas llegamos á Tampico el bajo, y otros le llaman Pueblo viejo, porque era población india que existía en tiempo de la conquista. Pueblo feo en extremo y como de unos 300 á 400 vecinos, situado en las márgenes del caudaloso río Pánuco. Por aquella parte el cauce era muy estrecho y en sitios no llegaba á 40 varas. Se pasaba al lado opuesto en canoas y piraguas, y á tiro de cañón en la misma orilla del río estaba situado el pueblo de Tampico, el alto, Capital del Partido y residencia de las autoridades, de los cónsules extranjeros y de los comerciantes.

Elegimos una casa para hospital de los heridos y se estableció una guarnición.

Le propuse á Barradas que «mediante había canoas y piraguas, se debía pasar á la orilla opuesta la fuerza de 500 hombres y reconocer á Tampico, el alto, y en el caso de no haber guarnición, dejar 100 hombres para ocuparlo, y con los 400 restantes bajar á la barra, paralelamente con las fuerzas restantes de la división, llevando consigo las canoas y piraguas, pues apenas distaba la punta donde estaba la guarnición tres

cuartos de legua.» Barradas desestimó mi propuesta, á pretexto de que no convenía subdividir la fuerza. Pernoctamos en Pueblo viejo, y el día siguiente al amanecer, marchamos por la elevacion de las faldas que forman el cauce del rio. A las cinco de la mañana estábamos en la mayor altura, y desde allí veíamos la barra, el fortín armado de 8 cañones de á 12, y nuestra marina de guerra y los transportes, que estaba distante como una legua. Sobre un asta-bandera que fabricaron los gastadores y plantaron en aquel arenal, se enarboló la bandera española; la escuadra contestó con la misma insignia, y principió á echar botes al agua. El 5 de Agosto fué preciso atacar y apoderarse primero de la batería que estaba en la punta de la barra, reconociendo primero la guarnición que la ocupaba. Pedí á Barradas un sargento y 50 hombres que me los concedió. Eran todos catalanes incluso el sargento. Bajé la mitad de la ladera, y de la orilla opuesta rompieron el fuego graneado sobre nosotros. Dije al sargento: «no hay que responder; esparsa V. la fuerza en guerrillas, que la batería es nuestra.» Habia observado con el catalejo que de la batería no salia ni un tiro y sólo seis hombres entre los cañones, que gradué ser los artilleros. Llamé al sargento y le dije: «todos á una corramos sobre la batería.» Así se hizo, y cuando llegamos á diez pasos, oímos los martillos de los artilleros que clavaban los cañones y se embarcaban en una piragua para ganar la orilla opuesta, donde estaba acampado el General Lagarza. Los catalanes saltaron las troneras é hicieron fuego sobre la piragua que conducía á los artilleros. Pusimos pañuelos en las puntas de las bayonetas, para anotar nuestro triunfo.

Barradas y la columna bajaron al instante á la batería y viendo que estaban elevados los cañones, fué necesario esperar á la llegada de Laborde, para resolver lo que se debía hacer.

Media hora despues vimos sus lanchas cañoneras que á toda vela venian de la escuadra á la barra. Era el General de Marina Laborde, su segundo Chacon, Garnica y varios oficiales de marina: desembarcaron porque de tierra no hacian ya fuego.

Entró Laborde en la batería, examinó los cañones, y dijo que eran de fundicion alemana, y que cuatro de los doce exelentes y nuevos, pero que era preciso traer el barreno del

navío y abrirles el oído. Despachó una de las cañoneras, pidiendo barrenos y maestros perneros. Dispuso el plan de ataque para el día siguiente, y los medios de limpiar de enemigos la orilla del rio, y pasar toda la división á la orilla opuesta.

Despachadas las lanchas cañoneras, para el navío, el General Laborde, con varios oficiales se quedaron á dormir en el campamento.

Llegaron los barrenos y los trabajadores, y pusieron manos á la obra que estuvo concluida á media noche. El Señor Laborde mandó desmontar dos piezas y conducir las á ras-tras á 50 pasos del rio arriba, frente á una casa que formaba el cuartel general enemigo. Se llevaron así mismo las cureñas á hombro de los soldados. Vinieron los gastadores de la division y se formó una trinchera de tierra y ramage, y se colocaron en batería las dos piezas. Y acabada la operación todo el mundo se acostó, colocando convenientemente, las centinelas y las grandes guardias. El enemigo estaba silencioso, sin disparar un solo tiro, que nos hacia sospechar que se habian retirado á Tampico.

Al Alba del 6 de Agosto todo el mundo estaba en pié y se tocó Diana. El enemigo contestó con la suya.

A las cinco, se acercaron á la barra un bergantin de guerra de la escuadra, mandado por el bizarro capitán mahones D. Pablo Llanes y echó anclas; y tres lanchas cañoneras, armadas cada una con un cañon de 24, giratorio. Las cañoneras pasaron la barra y avanzaron hasta la batería. Todo estaba silencio y tranquilo.

El Brigadier Barradas se embarcó en una lancha con Laborde y el Jefe de Estado Mayor y se dirigieron á la mitad del rio, poniendo banderas de parlamento. Los mejicanos embarcados igualmente en una piragua, se dirigieron á la lancha. Venian en la Piragua el General mejicano Lagarza y unos cuantos jefes y oficiales. Despues de los saludos de cortesía, Barradas, dirigiéndose á Lagarza, le dijo que venia de parte del Rey de España y con la vanguardia del Ejército Real, á tranquilizar el país, que desde que se rebeló por algunos ambiciosos contra su soberano, vivian en la mayor anarquía; ofreciéndoles un olvido absoluto de lo pasado, segun vería en las proclamas del Capitán General de la Isla de Cuba y que á él, como primer General que se había presentado le

ofrecía un ascenso, así como á todos los jefes y oficiales que mandaba, siempre que prestando juramento de fidelidad al monarca, se uniesen á sus tropas y marchasen juntos. Le presentó una caja de condecoraciones de las grandes cruces de Carlos 3º y de Isabel la Católica, diciendo que iban á servir para adornar su pecho. Al mismo tiempo que le iba á entregar la caja al General mejicano y un mazo de proclamas, el General Lagarza dió un paso atrás y respondió en alta voz: «Vive V. muy equivocado, si ha creído quebrantar mi fidelidad y el juramento que he prestado á la República, despues de haberme batido contra las armas españolas en la guerra de la independencía. No tengo más que hablar con el Jefe de las tropas que han invadido el suelo de la República, y me retiro á mi campo.» Hizo birar la piragua y se marchó. Lo mismo hicieron Barradas y Laborde: avergonzados de haber dado un paso tan vergonzoso, y oído respuesta tan enérgica. El General de tierra, disputaba con el de marina á bordo de la lancha por paso tan inconsiderado.

Luego que me vió Laborde, me dijo: «Aviraneta, vengo avergonzado del paso en falso que ha dado este hombre, y que me haya mezclado en él;» y me contó muy por menor cuanto llevo relatado. «Qué quiere V. que suceda, le respondí, si todo lo hace por su capricho y sin consultarlo primero» «Pues qué ¿no le ha dicho á V. nada sobre el objeto de esa conferencia que iba á celebrar?» «Ni una palabra sabía de dicha conferencia que iba á tener, y la prueba está en que no he asistido á ella. Sólo lo habia consultado con Salas bien seguro que lo aprobaría. Materia era esta que debería haberla consultado con un consejo ó reunion de los jefes militares de la division, con asistencia de V. E. y los jefes de la escuadra. ¿Cómo es posible que hubiera dado un paso tan impolítico, con el General más rebelde y enemigo de España, y uno de los primeros y más constantes insurgentes de la guerra de la independencía, si antes me lo hubiese consultado? Esto es hecho. Somos perdidos, antes de dos meses, ó perecemos todos, ó capitulamos. En ese sentido voy á escribirle á Vives, llegando á Tampico, en carta que V. E. mismo, tendrá la bondad de entregarle.»

Serian las seis y media de la mañana, cuando los mejicanos comenzaron á romper el fuego de fusilería desde la punta de la barra, sobre el Bergantin que estaba anclado á tiro

de Pistola. Su Comandante Llanes, sin que recibiese orden del Comandante General de la Escuadra, les descargó una andanada de metralla, dejando barrido el campo y sin enemigos.

Principiado de este modo el fuego, el Sr. Laborde, á quien competía la direccion de estas operaciones, mandó tambien romper el fuego á un tiempo por las baterías de tierra, el Bergantin de guerra anclado en la Barra, y las tres piezas de 24 de las lanchas cañoneras. Con fuego tan infernal y á quemarropa, hizo muchos estragos en el campo enemigo y se limpió toda la orilla del rio, y el enemigo huyó á Tampico. Las cañoneras se dirigieron al desembarcadero de la orilla opuesta y la tropa de marina se apoderó de ella.

Mientras se ejecutaba esta operacion, se formó toda la division á las márgenes del rio, y fueron embarcándose en las piraguas, botes y lanchas cañoneras, y en un cuarto de hora estuvo transportada toda la tropa á la orilla opuesta, y sin deternos, marchamos sobre Tampico el alto, que distaba tres cuartos de legua de la Barra, y lo ocupamos sin tirar un tiro.

El pueblo de Tampico estaba despoblado; todos los habitantes le habian abandonado, á ecepcion de los Cónsules extranjeros, sus familias y alguna que otra española.

Nos alojamos como pudimos, pero tristemente, porque no encontramos en la mayor parte de las casas, más que las cuatro paredes, á ecepcion de las extranjeras, que por miramientos no las ocupamos.

El General Laborde mandó subir, rio arriba, una de las lanchas cañoneras, montada de una pieza de á 24 que la sitó frente á la casa alojamiento del Brigadier Barradas, en el rio Pánuco.

Se dió el mando de dicha lancha, á un marino práctico, natural de las Islas Canarias, compañero y paisano de Barradas y que juntos fueron pescadores en la laguna de Maracaybo. Emigrado en la Habana, Barradas le llevó en la expedicion, para que le sirviera fielmente en un caso como el presente: y es necesario confesar que fué de mucha utilidad en la expedicion. Era hombre arrojado, sereno y valiente, y muy experimentado y práctico en el manejo de las lanchas cañoneras, que aprendió en la guerra marítima, que hizo en las costas y lagunas de Costa firme, la Marina Española.

A nuestra llegada á Tampico, y ya de noche, y con una luna clara, salí á reconocer el estrecho del Humo, que forma el río Pánuco y divide ambos Tampicos, el Viejo del Nuevo.

Iba en mi compañía el comandante Iturriza, vascongado como yo; hablamos en Vasconce, y se abrió á mí con entera confianza y me dijo: «Qué desgracia ó fatalidad, paisano mío, nos ha traído á esta miserable tierra, bajo las órdenes de un hombre tan incapaz é inabil, como es el Brigadier. Nos perdemos sin remedio: el mismo Barradas no sabe dónde marcha, ni lo que se trae entre manos. No hay plan ni pensamiento en el porvenir, y su semblante indica que conoce el mal paso en que se ha metido: es un completo *Choratuba*, un loco. Tenemos escasos dos mil hombres, porque no hay que contar con la tropa de la fragata que descarrió en el temporal de la sonda de Campeche, y cuyo paradero se ignora. Hemos hablado el coronel Vázquez y yo sobre el particular, y no sabemos que medio adoptar para evitar una ruina. Vázquez quisiera hablar con V. á solas, sobre el asunto, antes que se ausente Laborde de Tampico, pero no se atreve, porque no conoce á V. lo bastante, y habiéndole asegurado que podía confiarse en un todo de V., me acaba de decir: «pues vaya V. corriendo y hablarle.» Esta ha sido la causa de seguirle á V. en este paseo nocturno.» «Pues bien, le dije á Iturriza, vaya V. y dígame á Vázquez que le espero aquí, y que confie en mi lealtad.»

Serian las nueve de la noche del mismo día que ocupamos á Tampico, ó sea el 6 de Agosto, y por cierto que hacía un tiempo delicioso y una hermosa luna. Fuera de Tampico y próximo al Humo, á un bosquecillo, vinieron juntos Vázquez é Iturriza. El primero me saludó afectuosamente y me apretó la mano, y me dijo: «Ya Iturriza habrá informado á V. de todo. Queremos tomar un buen consejo y saber qué medios pueden adoptarse para salir de este atolladero en que estamos metidos.» «Salvarnos y salvar la division y la honra de España, bajo el juramento de que mediará el mayor secreto de cuanto se trate entre los tres. Únicamente bajo la garantía del juramento, me atreveré á dar á Vdes. francamente mi dictámen,» contesté á Vázquez.

Este dictámen es, que hallándonos *irremisiblemente perdidos*, y que antes de dos meses ó capitulamos ó perecemos todos en Tampico de hambre, ó batiéndonos con el enemigo,

como se lo dije ayer á Laborde, despues de la torpe y antipolítica entrevista que tuvieron los generales de nuestro campo, con el del enemigo. El remedio está en la rebelion, faltando á los más sagrados deberes de la ordenanza militar. Solo la rebelion puede salvarnos.

Primero.—Por un motín militar de las tropas, destituyendo á Barradas, del mando de la expedicion, por loco, perjudicial al buen régimen de ella, por su ineptitud en el mando militar, y pedir en su consecuencia se le embarque á bordo de uno de los buques de guerra; y llamando al mando de la division, á su segundo, el Coronel Vázquez. En el acto de ser embarcado el Brigadier se volverá loco rematado.

Segundo.—O por un pronunciamiento de las tropas, pidiendo el reembarque de la Division, para volverse á la Habana, mediante haberse perdido ó extraviado un transporte con 600 hombres, y no quedarnos sino dos mil soldados. Apoyar el pronunciamiento, en el estado alarmante en que hemos encontrado el país, que todo está alzado contra los españoles y las poblaciones desiertas, exhaustas de subsistencias, lo que imposibilita el poderse mantener en semejante tierra, pobre por sí, é insalubre; causas todas que imposibilitan de poder emprender ulteriores operaciones, por la escases de fuerza y su alimentacion.

O embarcarnos, y dirigir el rumbo á la sonda de Campeche, apoderándonos de las provincias de Yucatán y Tabasco pobladas de Indios puros, inofensivos, lo mismo que en tiempo de la conquista, y consultar desde allí al capitán general de Isla de Cuba, las ulteriores operaciones que convenga emprender.

Uno de estos dos medios, es el único salvador, y el que puede conservar la existencia de la Division: no hallo otros medios en las difíciles circunstancias en que nos vemos. Todo otro que se quiera seguir nos conduce á la ruina, á la muerte y al deshonor.»

Vázquez despues de abrazarme estrechamente, me dijo: «Aviraneta: moriremos con gloria peleando, antes que barrer la ordenanza. Se concluyó la sesion y vamos á nuestros respectivos alojamientos. Buenas noches y punto en boca.»

Vázquez era pundonoroso, amigo íntimo de Barradas, y él le había propuesto, é hizo que se le nombrase segundo

gefe de la espedicion. Además era su compadre. Esta fué la causa, porque se negó á abrazar el partido del pronunciamiento, segun me dijo Iturriza posteriormente.

El dia siguiente, se citó á Junta de guerra. Se reunieron Barradas, Laborde, Vázquez, Iturriza y el Gefe de Estado Mayor. No fui citado á ella. Se trató de las ulteriores operaciones que se debian emprender, y los medios de afianzarse en el país. La mayoría de la Junta opinó, porque se estableciese una guarnicion en la punta de la Barra, que sirviese de ausiliar para proteger el desembarco de nuevas tropas, constituyendo un fortin de arena y fagina, poniendo en batería los cañones cojidos en el reducto de la Barra. Que en Tampico se estableciese al lado de la Laguna del Carpintero, otro reducto que defendiese las avenidas del camino de Altamira. Y por último que se fortificase toda la poblacion de Tampico.

Vázquez é Iturriza, me noticiaron la resolucion de la Junta. Les manifesté que todo estaba sabiamente pensado y determinado, pero que el principal punto se les habia olvidado, la subsistencia: que no teníamos víveres para ocho dias, ni caballería para la requisita de ganado vacuno y lanar en el país, y que sin tener asegurada la subsistencia, era inútil pensar en las fortificaciones. Que estas podían hacerse en la punta de la Barra, y en las avenidas de Altamira, pero en la estensa area de Tampico, rayaba en lo imposible, por la falta de brazos y artillería, para cubrir y armar los reductos. No contábamos más que con un cañon de 16 que el enemigo abandonó en Tampico, y con muy pocos cartuchos. «No se ha pensado en esos inconvenientes, me dijo Iturriza, y si á V. le parece, lo haré presente.» «Es inútil, le respondí, esto no lleva pies ni cabeza, el desórden y la imprevision es completa.» «Vázquez, me dijo Iturriza, ha hablado en la Junta, diciendo que le habia chocado el olvido de que no se hubiese llamado á V. á la Junta, cuando se le habia convocado á todas y en las que se celebraron en la Habana.»

Se buscó un local á propósito, en la plaza, para el establecimiento del hospital militar, y se alajó de camas y demás utensilios. El hospital de Pueblo Viejo se trasladó á Tampico.

Se trató de subsistencias, que en verdad eran muy escasas para mantener á dos mil hombres. En Tampico habia

algunos almacenes de vino, que se ocuparon con la debida formalidad y se encargó de ellos el Intendente de la Division, á nombre de la Real Hacienda, lo mismo se hizo con un cargamento de Tasajo, procedente de Costa firme. Hice llamar de la Barra, al Sr. de Velarra, amigo mio, comerciante de la Habana y socio de la casa de D. Juan José Zangronis, que venía de sobre cargo y dueño de una goleta, cargada de harinas, que navegó en nuestra compañía hasta la llegada de la Barra de Tampico. Este cargamento se habia hecho por consejo mio, asegurándole á Zangroniz que era buena especulacion. Traté con Velarra, de acuerdo con el Intendente Cardenal, sobre la enagenacion y compra de todo el cargamento, en el intervino Barradas, y conformes en el precio, se pagó por las bajas de la Habana: se dispuso el desembarco de toda la pipería, y su conduccion á Tampico, dejando las barricas que se consideraron necesarias, para la guarnicion de la Barra. De este modo se aseguró la subsistencia de la Division, por lo menos para un mes.

Barradas se empeñó con Laborde que su escuadra, y los transportes se restituyesen á la Habana, y el Comandante General de Marina pidió por escrito la orden, que se la dió al Brigadier Comandante General de la Division. En vano se le hicieron las reflexiones oportunas por el Coronel Vázquez y yo, para disuadirle lo contrario, representándole que en caso de una derrota, no teníamos donde retirarnos y refujiarnos. Barradas nos tapó la boca con que Hernán Cortés, quemó sus naves luego que desembarcó sus tropas, cuando vino á la conquista, segun se lo habian dicho. Insistió en su propósito, y no quiso oír mas razones sobre el particular.

Entregué mi carta abierta al Almirante Laborde, diciéndole verbalmente cuanto debia decirle al Capitán General. Se embarcó, dejándonos desamparados.

A los tres dias mandó reunir Barradas, consejo, que lo compusieron él, el coronel Vázquez, los comandantes de los batallones y el gefe de Estado Mayor. A este consejo fui llamado. Barradas expuso la necesidad en que estaba de hacer una espedicion á la Ciudad de Altamira, á siete leguas de Tampico, sin decir el objeto porque iba á realizar la espedicion. Todo el mundo calló, y Barradas y Vázquez pidieron mi parecer, y me rogaron que hablase con toda la libertad necesaria. «Puesto que así lo quieren Vds, digo, hablaré dos